

Epílogo

Por Manuel Borrás

De siempre he sostenido que el editor literario antes que nada es un lector apasionado, un degustador de la literatura. También, que el mejor libro que puede escribir es su propio catálogo. Libro polifónico donde los haya, en el que él tiene que tratar de armonizar todo, que no haya voces que desnaturalicen el tono general del mismo. Es decir, que un catálogo de una editorial literaria de verdad nunca puede ser un cajón de sastre, sometido al péndulo de las modas en curso ni de las distintas tribus estéticas que se mueven en un ámbito cultural concreto. Si el editor consigue ese objetivo, su trabajo no sólo ganará en personalidad, sino que también se singularizará en una época en la que el seguidismo y el acuchillamiento de la ética parecen ser ya moneda corriente entre nuestra inteligencia.

Por contraste con la sociedad seguidista, gregaria y cada vez más conformista en la que vivimos y en la que preferimos que se nos dé todo hecho antes que esforzarnos por la conquista de la libertad que afiance nuestra capacidad de

elección individual, sólo unos pocos podemos por desgracia permitirnos el “lujo” de seguir creyendo y siendo exigentes con aquello que más estimamos. Sólo unos pocos, a lo que se ve, podemos luchar contra la tiranía tanto del mal gusto, como de la falta de gusto por las cosas que más apreciamos, tal como es en nuestro caso la literatura. Sólo unos pocos estamos por desgracia en condiciones de expresar la alegría que supone poder aplicar un criterio personal, capaz de seleccionar, discernir y favorecer valores por los que la existencia valga la pena vivirse aun a costa de poner nuestros ojos en crisis. El miedo -eso que nos expone más al peligro- a la posibilidad de equivocarnos suele ser una de las expresiones del miedo a la libertad. En nuestra época nadie parece querer resignarse al principio rectificador que impone la realidad.

Estamos asistiendo, en fin, al fracaso de lo personal. Y nada apunta, pese a los cantos de sirena de un pretendido liberalismo edulcorado, a frenar en nuestros días la tenden-

cia a la producción en masa, a las imitaciones vulgares y baratas, a la proliferación de los falsos valores, al conformismo, a la inflexibilidad, síntomas todos ellos de una época estéril que pretende verse reflejada en lo contrario y cuya contundencia en su resistencia a desaparecer no es otra que la propia a una cultura que está dando sus últimos coletazos. Nos encontramos sumergidos en un momento en que cualquier idea original o su expresión libre y sin prejuicio es rápidamente deformada, oscurecida, y arrumbada al anonimato, cumpliendo con esa terrible verdad de que ningún desconocido es echado de menos; inmersos, como estamos, en la confusión rampante entre calidad y cantidad.

El editor debería tratar cada vez más y con más ahínco de publicar aquello que no logra olvidar. Y aquello que no logra olvidar le impele a compartirlo con los otros. Es decir, el lector-editor es, en el fondo, aquel que no acaba de acostumbrarse a celebrar en solitario el milagro del día a día, de seguir vivos. De ahí también que necesite asomarse a los otros para

celebrar que no está solo. Nadie está radicalmente solo. Quizás sea ésta una de las revelaciones íntimas que haga a la literatura más necesaria para los hombres. Esa empresa, esa estrategia de supervivencia, pergeñada por el ser humano para tratar de explicarse el mundo, debe, aun siendo un producto intelectual, discurrir en paralelo a la vida. De hecho, a mi juicio, no hay literatura enajenada de la vida. El que ve, tanto en la literatura como en la vida, siente el ver. El que escucha, siente el escuchar; el que camina, como nos señaló Aristóteles, siente el caminar. Así para todas las otras actividades humanas, de tal modo que cada cual sienta que estamos ejercitándolas. O lo que es lo mismo, que si sentimos, sintamos sentir; y si pensamos nos sintamos pensar en plenitud. Y esto es lo mismo que sentirse existir. Existir, en efecto, significa sentir y pensar. La literatura siente lo que piensa y piensa lo que siente. Sentir que vivimos, viene a decirnos de nuevo Aristóteles, es por sí dulce ya que la vida es por naturaleza un bien y es dulce sentir que un bien tal nos pertenece.

Vivir es deseable, sobre todo para los que todavía creen que en cultura existe un horizonte ético, sean las que sean sus circunstancias, ya que para ellos existir comporta un bien y una cosa dulce. Hay que tener el valor suficiente para probar la dulzura por el bien en sí. Para eso es necesario aprender a desprenderse de los prejuicios, de las ideas preconcebidas y saber también ser en el fondo de nosotros mismos libres. Libres, ante todo, de todas las supercherías que condicionan nuestra época. Y lo que el hombre ético, el hombre bueno, prueba con respecto a sí, también lo prueba con respecto al amigo.

El amigo es en efecto un otro de sí mismo, aquél que nos protege de nosotros mismos. Es por eso que el editor siempre se está remitiendo al otro, en unos casos al autor, en otros al lector, ése que en su fuero interno es un crítico honesto. Y con ambos debe establecer un vínculo de amistad. En caso contrario, su relación con lo que dice apreciar se circunscribiría con carácter exclusivo a la fría relación

contractual, ajena al vínculo cálido al que se debe la literatura como una de las más altas expresiones del ser humano.

Y como para cada uno de nosotros el hecho mismo de existir es deseable, o casi, así lo es también para el amigo. La existencia es deseable, sigue diciéndonos Aristóteles, porque se siente que ella es una cosa buena y esta sensación es en sí misma, insiste, dulce. Cuando se ha llegado a esa conclusión es cuando se debe consentir también que el amigo existe y esto adviene en el convivir y en el tener en común acciones y pensamientos. Acciones y pensamientos que pueden, por qué no, converger en la literatura. En este sentido se dice que los hombres convivimos, compartimos.

La amistad es, en efecto, una comunidad, y, así como es con respecto a sí misma, así también lo es para el amigo. Y como con respecto a sí mismo, la sensación de existir en la lectura es para uno deseable, lo será también para el amigo. Es por eso por lo que uno ha sostenido desde siempre que editar es una de las posibles formas de hacer pedagogía. Desde

antiguo trató ésta de despertar estados de perplejidad en los otros. Ese estado a partir del cual se favorece la transmisión de un saber. El pedagogo es en el fondo un seductor, pues para enseñar es necesario saber inducir a los otros a amar aquello que antes ha aprendido a amar él.

Si profundizamos en la etimología del vocablo pedagogía encontramos - según Corominas - que “pedagogo” (del griego *pai-paidos* “niño” y *ágó* “yo conduzco”) es el acompañante de niños. Hallaremos también un matiz interesante: “pedante”, deformación cometida en Italia en el siglo XV con el cultismo “pedagogo” por identificación popular jocosa con la voz vulgar italiana preexistente “pedante”, que significa “soldado de a pie” o “peatón”, aludiendo al hecho de que el acompañante de niños es peatón constante. El editor, insisto, es una suerte de pedagogo. Es alguien que al conducir a otros, niños o no, se acompaña a sí mismo y no puede sino preguntarse, emocionarse y descubrir con ellos. Porque los caminos son múltiples y, porque

aun tomando un solo camino, por más que éste se transite una y mil veces, nunca es el mismo camino, del mismo modo la lectura y relectura de un libro nunca es la misma lectura y estamos “condenados”, si ese es nuestro deseo, gozosamente a encontrarnos. Encontrémonos.

